

Israel Gutiérrez Collado

# EL SÉPTIMO ÁNGEL

***Crónicas arcangélicas***



Ediciones Corona Borealis

EL SÉPTIMO ÁNGEL. CRÓNICAS ARCANGÉLICAS - Israel Gutiérrez Collado

© Israel Gutiérrez Collado  
© 2017, Ediciones Corona Borealis  
Pasaje Esperanto, 1  
29007 - Málaga  
Tel. 951 088 874  
[www.coronaborealis.es](http://www.coronaborealis.es)

Maquetación editorial: Georgia Delena  
Diseño de cubierta: Sara García

ISBN: 978-84-945105-8-8  
Depósito Legal: MA MA 26-2017

Primera edición: enero 2017

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

# Índice

Prólogo .....	7
I. Con ojos de arcángel .....	9
<b>Capítulo primero:</b> Jerusalén. 4 de abril del año 33 dC (La llegada)..	15
<b>Capítulo segundo:</b> Ciudad Alta, Jerusalén. 6 de abril del año 33 dC (El testigo) .....	33
<b>Capítulo tercero:</b> Acre. Abril del año 1285 dC (El Encuentro).....	51
<b>Capítulo cuarto:</b> París. 13 de octubre de 1307 (El Proceso).....	109
II. Dies irae .....	159
III. Requiescat in pace .....	177
<b>Capítulo quinto:</b> París. 22 de Septiembre de 1808 (El Reencuentro).....	195
IV. El plan de Dios .....	267
<b>Capítulo sexto:</b> Orión. 40 M de la discordia d.C. (Apolión) .....	271
II. Marte .....	281
III. El Ángel de la Muerte.....	285
<b>Capítulo séptimo:</b> La Tierra. Año 3999 d.C. (Guerras del Apocalipsis) .....	297
I. Los Ángeles de la Purga.....	297

II. Los Muertos de La Tierra .....	309
III. Los ciento cuarenta y cuatro mil sellados .....	318
IV. La hija de Malka.....	336
V. La gran batalla en el valle de Jezreel .....	348
<b>Capítulo octavo:</b> El Reino de los Cielos. 42 M de la discordia	
d.C. (El Retorno de Lucifer).....	369

## Prólogo

El hombre necesita soñar. No está completo sin oscuridad, inconsciencia, caos. Los sueños, las ilusiones, las ficciones diarias, son el motivador de nuestra búsqueda y el arte, la escritura, la creación, no pueden existir cuando hemos llegado a la conclusión final. Esa conclusión que consiste en tener todas las respuestas y que, desgraciadamente, se resumen en una sola pregunta: “¿es esto el fin?” En nuestra huida de lo que nos falta, los profesionales de la ficción, escribimos mapas hacia el futuro, que en ocasiones, son novelas. Además de mapas, las novelas también son autopredicciones, conjuros, exvotos literarios, deseos y ofrendas a algún dios olvidado dentro de nosotros mismos... pero a veces, el escritor, que sobre todo es un hombre, deja de soñar. Ahora hablo solo de mí. Es como dejar de creer en ese dios interior. Como perder la fe en la fantasía. A mí me sucedió. Me sucede, aún, a ratos. La muerte de la persona amada puede tener ese efecto. Puede llenarte el corazón de realidad y cerrarlo a la ficción. Esto no es bueno porque la ficción no solo existe en el cine o las novelas. Existe constantemente en la vida, para que podamos soportarla. Cuando no se sueña, todas las ficciones de la vida caen, las ilusiones, como un telón que se levanta mostrando el cemento gris de la pared. Es el Matrix. Volver al país de la ficción me parecía imposible, era incapaz de entrar en ella. No lograba subirme a lomos de ninguna novela que mostrara lo cotidiano, que me enseñase gente supuestamente real, pero de mentira. Las viudas literarias no eran como yo, los agentes de seguros no eran como los agentes de seguros, los médicos no eran como los que yo conozco, el dolor no se parece a la normalidad del trance. La cuasirealidad de los cuentos literarios no me servía para soñar, despegarme del cuerpo,

pues todo lo inventado con apariencia de realidad, era una falsificación de la vida. Empezaba una novela y la dejaba en cuanto sentía que los personajes no eran suficientemente consistentes. Pero necesito ficción, todos la necesitamos. Es imposible vivir sin ficción. Es el alimento de los sueños y soñamos para poder buscar lo que nos falta. Seguí intentándolo poco a poco. Cine, series de televisión, nada servía como amnesia o viaje de vuelta a mi Matrix anterior a la pastilla roja. No podía lograr que la ficción me tapase la realidad que invadía todo mi ser. Y un día, ocurrió. Empecé a leerle a mis hijos -unos vagos redomados- literatura fantástica. Quería que cogieran la costumbre de agarrar un libro. Son unos chavales muy listos y no les gustan los libros infantiles, siempre los han odiado, así que recurrí a la literatura fantástica, que tiene la fama de ser para todas las edades. Fue un éxito. Ellos quieren volar, viajar por los tiempos, explorar universos paralelos y mitos reinventados. Yo también. Así fue como descubrí libros como *Evangelium Apolión*. Este texto me introdujo, desde las primeras páginas, en un universo fascinante que había echado de menos. Me trajo a los labios el sabor anterior a la realidad y sentí, inmediatamente, que el sueño de sus páginas es tan real como la pared de cemento que no me dejaba volver a la fantasía. La literatura fantástica tiene una virtud mágica para curar el alma, no podía ser de otra forma, porque es la descripción libre y liberadora del espíritu de quien la escribe. Un escritor de literatura fantástica es el mago que logra organizar nuestros sueños -¿hay mayor placer que soñar?- y convertirlos en hechos reales sobre la mesilla de noche. Un escritor de literatura fantástica es alguien que nos alimenta el alma de día, nos hace desaparecer y nos devuelve la fe que la realidad se empeña en arrebatararnos con el timbre del despertador. Israel Gutiérrez Collado es uno de esos magos.

*Por Lea Vélez,  
guionista y escritora  
de la Cirujana de Palma y  
el Jardín de la Memoria*

## Con ojos de arcángel

Lo encontré tirado bajo un puente, con los ojos bien abiertos y con ganas de abandonar el mundo del que formaba parte. No sabía su nombre – Es un muchacho joven, no temas, eres piadosa, anúnciale quién eres- Me dijo su alma. No podía dejar de mirarle, me senté junto a él y le toqué el rostro. Me gustó el hecho de volcar mi luz sobre su piel. Me confortó, deseé quedarme, su alma contenía algo tan profundo que logró desconcertarme. Era un humano extraño. Los espíritus que allí se congregaron también lo vieron hundido en la tristeza. La muerte lo había arrojado a mis pies esperando que yo lo matara, por eso me lo había entregado. En su faz hallé también el rostro de ella. La había deseado en tantos días que ya no recordaba quién era él ni por qué estaba allí. Me recordó a alguien. Alcé los ojos, no cesaba de buscar su halo entre las nubes, quizá porque ahora desprecio todo el dolor humano. En ese momento lo sentía sin poder reprimirme, era pronunciar su nombre <<Dolor>> y endurecerme con el semblante del relámpago. Deseaba la respuesta, yo, que sentía curiosidad por este humano, traté de hacerle hablar con el tono imponente salido de un trueno. Me situé tras él y contemplé la vida a través de sus ojos a toda velocidad. Entonces pude comprender que en verdad había volcado su corazón en encontrarme, hasta perderlo. Yo le conocía, le hice sentir un frío intenso, se cubrió de mí como si fuera a golpearlo. Traté de no lastimarlo, quise envolverlo con mis alas pero inmediatamente se apartó temblando. Enseguida supe que no podía verme.

Ignoro por qué reaccionó de esta manera. Así que me aparté y lo observé, consciente de que me ayudaría a recordarle. Era cuestión de tiempo.

- ¿Por qué quieres morir?- Le pregunté mientras el dolor lo desgarraba. - Te encuentras en edad de plenitud. Si lo arrancas no recordarás más el pasado- Musité. No respondió, parecía sentirse avergonzado, quería salir de todo aquello definitivamente, pero no podía. Miraba enrabiado, me buscaba mientras se retorció en el charco, degenerando en una lucha que no le dejaba salir de allí.

Por fin me pareció ver algo, su duda estaba dispuesta a caer. Esto hizo que se relajara al menos por un instante, el suficiente para que el cuerpo se laxara, la carne se abriera y la sangre me revelara la ubicación exacta de su alma. Estaba al alcance de mi mano, tan solo tenía que alargar el brazo y cogerla. Y era asombrosa, tenía una brecha por la que se había escapado el valor, era húmeda y fría, y estaba rasgada debido al desorden de sus sentimientos. Se encontraba hambrienta de amor. Las siete potestades que están siempre en lo más alto la estaban atenazando en el momento en que me disponía a arrancársela.

Entonces ocurrió algo que me produjo una fuerte turbación y, de pronto, quería contarle todos mis secretos. Retrocedí, pues algo debía de tener esa alma para que me fuera imposible olvidarla.

Me di cuenta de dónde estaba. - Ahora lo entiendo- Me dije. Había perdido toda noción, una sensación muy extraña. Estaba empezando a recordar.

Mi mano cayó deslizándose hacia mi espada, empero ya no estaba allí. En lugar de la armadura blanca que solía protegerme, ahora llevaba una túnica de lino puro, la cual me exponía ante mis enemigos- pensé. Pero no puedo decir que me acordara de ellos tampoco. No.

En aquella desconcertante situación sobrevino la noche. Entonces se levantó y se fue, su alma me rogó que lo acompañara. Y así hice.



Seguí a aquel humano hasta su casa, entre la lluvia, en un espectáculo de truenos que se extendían por todo el cielo hasta los confines. Me llevé a un lugar humilde, no me sonaba nada de todo aquello, se veía tan viejo como nuevo. Quise acercarme más a esa casa pero no entré, permanecí fuera, en la puerta de hierro, en el asombro, completamente inerte bajo el torrente buscando respuestas.

En ningún momento podía imaginar que me encontraba en el año 2003 d.c. pese a que he estado en *La Tierra* muchas otras veces. Me convertí en arcángel por obra de Dios, no podía recordar cómo. Me habían llevado a los cielos en alguna luz y, al volverme, no sentí más nada. “Yo soy Apolión, el Ángel de la Muerte, Arcángel del Señor”.

Todo esto lo recordé confusamente, pero no respondía al porqué de mi presencia en esta época.

Entré en la casa sin esforzarme, y en un instante me vi delante de él, a los pies de su cama, sin hacer un solo movimiento, sin ser todavía consciente de que no estábamos solos. *Los Otros* también estaban allí. El humano me pareció hermoso, podía llegar a comprender el porqué no había podido llevárselo la muerte. - El destino te ha reservado - Le susurré. Me pregunté si podía poseerle e indagar hasta lo más profundo de su vacío. Abrió la boca de repente, la tentación estaba ahí mismo.

Un momento después se confirmó lo que yo ya había sentido. Miré hacia arriba y fui bajando los ojos examinando la habitación en busca de esos sonidos guturales que salían de las paredes. Yo los conocía. Fui siguiéndolos, al tiempo que me alejaba del joven que me había traído hasta allí y aún con la desconfianza que me inspiraban aquellos bramidos que se intensificaban en la negrura.

Un horrible pensamiento se revolvió en mi espíritu, me dije: - No puede ser-. En ese instante caí, yo no debería estar allí.

Transcurrió una noche. Me quedé en silencio, observando la superficie que en cualquier época me hubiera parecido áspera, sólida, maciza,

sin movimiento, bajo el mismo puente que había estado presente en el momento de mi caída. *La Tierra* parecía preparada para abrirse. En el año 3999 d.c. me encontraré en el Valle de Jezreel. En este mismo día, todo el mal vendrá hacia nosotros para hacernos la guerra. Hasta que no sentí a los demonios nuevamente a mi alrededor, no fui consciente de ello. En aquella habitación, desde la medianoche hasta la madrugada, esperaban ansiosos a que al muchacho le ocurriera todo lo malo. - No temas- Le decían removiéndole los sueños. - Sigues vivo porque no hay estima en tenerte-.

Vi la época en la que me hallaba e inmediatamente supe que no cesaría hasta cambiar y derrumbarse. Vi a los humanos caminar tranquilamente sin tener que esforzarse para sobrevivir. No había muertos que se levantaran en la noche, ni demonios que se manifestaran tratando de descuartizarlos. Todos se encontraban ocultos, encadenados a observar hasta que la humanidad abriera el vínculo de carne y sangre; el Aku- asaki- lit, esto es: "Ya sea que la luna muere". Y lo hará, a poco de concluir la última de las grandes guerras.

Lo sé porque vengo de allí, yo lo he visto todo. Los demonios despertarán a los muertos y "Él" los convocará. Entonces Dios nos enviará a nosotros para preparar el camino del que ha de venir, porque en verdad somos los ojos de la humanidad, su luz y su guía.

Asentí, pensando en lo que tenía que hacer aquí. En el uso que debía darle a mi regreso. Dios me había enviado cientos de siglos atrás porque mi espíritu tenía que ser destruido.

-Estoy dispuesta-. Estoy tan cerca que siento la solemnidad del calabozo sin ninguna luz. En verdad no es él, soy yo quien debe morir. He caído en esta época porque anhelaba. Todo cuanto podía hacer ya era esperar a que mi extraño humano volviera a mí. Tú me has llamado y yo he acudido a ti. He aquí que te haré tan fuerte que nadie volverá a contaminarte de lástima.

Y aquí me detuve. No me había equivocado, su presencia era mi muerte. Se parecía tanto a aquel que ya conocí que no le dije nada. Por primera vez tuve frío - ¿Y ahora qué?- Me pregunté.

Me di cuenta de que ésta había sido mi elección. Con cada hora que pasaba no había duda de que mi luz me estaba abandonando. Y no podía luchar contra ello.

Temí que no volviera, me mantenía en pie con gran esfuerzo. El resplandor se apagó, mi espíritu pesaba tanto que se hundió, y al poco se vio rodeado de sombras. Y el olvido emergió durante el intervalo.

Hasta ese momento había mantenido los ojos cerrados. Cuando los abrí de nuevo volví a verlo delante de mí, tan puro, tan mortal, tan frágil como lo había sido antaño. -Tú eres mi igual en el mundo, quien a inspirado mi regreso.- Le dije- Ahora sé quién eres, con toda claridad puedo verte. Tuviste muchos nombres, pero yo te conocí como Víctor-

-Será la última vez que vea el mundo con ojos de arcángel. Ahora, ya sabes lo que necesito de ti. Tú contarás mi historia y yo te daré el conocimiento para sobrevivir.

Tenemos que decirle a la humanidad con gran voz que está en grave peligro. Su alma por la que lucha cada día va a arder. *La Tierra* se encuentra en verdad dentro de un gran agujero negro.-

*Sea un solo puño tras la hoja, unido en golpe, tomado y echo salir en una décima.*



# Jerusalén

## 4 de abril del año 33 dC

### (La llegada)

**A**ntes de dejarse caer sobre el terreno, miró al cielo y vio que se hallaba cubierto por una tenebrosa tormenta de nubes que en ese momento estaba atravesando la luna. Era un hombre maldito, uno de esos que viajaba por la senda de la muerte debilitado por la culpa.

Desconocido, arrastraba los pies apestando. Las gentes de Jerusalén que le encontraban se apartaban de su camino a un lado y otro, pues sin duda estaba podrido. Lo manifestaban su cabello encrespado y sus ojos hinchados y enrojecidos. Su piel, escamada y excesivamente bronceada, expulsaba sudor en gran castigo. Llamaban la atención sus uñas negras con las llagas desollándole los dedos de las manos. No iba a sobrevivir mucho así, sin embargo, lo soportaba de pie, quejándose por dentro, maldiciendo al Sanedrín mientras hacía sonar treinta siclos de plata.

Cuando atravesó el Valle del Cedrón, el cansancio lo tumbó y lo redujo a esperar lo que quedaba de noche, sometido a las burlas que no cesaban en su pensamiento. Solo quería que aquella maldición terminara. Por su vida se acurrucó y se protegió la cabeza. Las piedras le llovieron desde su mente, lo mismo le iba a ocurrir en los siguientes días, y en los próximos meses.

Había hecho el mal, ningún alma querría conservarlo. - ¡Mah lejá vatisá brití aléi píja, Rabuni!- Clamaba derrumbándose con los brazos al cielo. Siete días antes se había presentado ante el Sanedrín y había vendido a su maestro por treinta monedas que no le habían dejado dormir desde entonces.

Y no solo eso, por añadidura, había también conducido a los guardias del templo hasta el lugar donde pernoctaba *El Cristo* para entregarlo, a fin de seguir cumpliendo la voluntad del sumo sacerdote.

Demasiada codicia en su corazón y demasiados celos en la lengua. Éstos fueron los actos que empujaron a Judas de regreso a los Jardines de Getsemaní, en la falda del Monte de los Olivos, con todo el odio contenido en una expresión lívida, helada y sudorosa, con los ojos hundidos. Un rostro pálido, el de la traición, que el primogénito hijo de Dios reconoció enseguida.

Ahora, la culpa lo estaba matando. El arrepentimiento era tan grande que no sabía por dónde empezar a comerse. Se cansó de su vida, el peso le guiaba para ponerle fin y aún le quedaba por recorrer considerando lo que se disponía a hacer.

Al canto del gallo del cuarto día prosiguió su camino. Algunos demonios lo seguían, pero ni uno solo se manifestó, no fuera que por alguna razón interrumpieran lo que estaba a poco de producirse.

Llegó antes de lo previsto y todavía no se había agotado. - ¡¿Dónde se encuentra este campo?! - Exclamó voraz, atormentado en su interior. Lo buscó con ahínco, no desistió. Allí donde preguntaba le volvían el rostro, pero todos venían del Valle de Hinom. Algunos pasaron de largo como si no estuviera, no querían verle, no querían escuchar su nombre ni saber nada de él.

No bajó los brazos, batió el camino que le indicaban las sombras hasta que, al volverse, vio delante de sí al árbol más fuerte y más viejo de todo el Campo del Alfarero. Entonces apretó los puños y lloró de rabia al mismo tiempo que se dejaba caer con las losas de la culpa sobre sus hombros. - ¡Cayafás damó be-roshó!- Gritó.

De manera inesperada, sus rodillas estaban tocando la cuerda de una mula. Tenía la intención de morir en la propiedad de los sacerdotes, de